

CANTO TECERO.

Ya el sol se había ocultado tras de las montañas, y los rebaños reunidos bajaban á paso lento las en que habian pacido, cuando Abdias, su hija y Neftalí, acercándose á Silo descubrieron la tienda que cubria el Tabernáculo, á cuya vista se paran un poco, hacen una reverencia á este lugar santo, y despues de una corta plegaria, continuan su camino, y no tardan en llegar á la puerta de la ciudad.

Allí los estaban esperando hacia algunas horas Sadoe y Eliezer, acompañados de sus parientes y amigos, y una tropa de doncellas de Silo, que traian en la mano ramos de lirio; van á recibir á Raquel, la rodean, la coronan de flo-



res, y la llevan como en triunfo al Pontífice, que le sale al encuentro, Raquel se postra delante de Sadoc, quien la levanta, la abraza, y la presenta á Eliezer, que palpita de amor y de alegría. La modesta Raquel guarda un profundo silencio.

Su futuro esposo, satisfecho de su felicidad, embriagado con el placer de verla, no por eso deja de buscar á su hermano; lo llama; le abre los brazos, deja á Raquel para correr á él; y trayéndolo cerca de su esposa, une y estrecha ambas manos colocándolas sobre su corazón; de este modo Eliezer, en medio de los dos objetos que más ama, empieza á andar y el Sumo Sacerdote lo sigue acompañado de Abdias. Las doncellas van delante, y los habitantes Silo, reunidos en los parages por donde habian de pasar, celebran esta dulce union con mil gritos que dirigen al cielo.

Luego que llegaron á la casa de su padre, este anuncio que, al dia siguiente, un sacrificio de accion de gracias santificaria el himeneo de su hijo; entonces el pueblo se separa, y deja en libertad á los esposos.

Sadoc cuida con el mayor esmero de sus huéspedes, ofreciéndoles los refrescos que tenia preparados para ellos, y más que de los otros cui-

da de Abdias, á quien propone que se quede con él y con su querida hija, y que venga á vivir á Silo. Reunámonos, le dice, que la vejez necesita del socorro de la amistad: ya á nuestra edad no debe vivirse sino en el seno de nuestras familias. El nombre de padre, que hace á los que lo son indulgentes, tambien se grangea la indulgencia: con un nombre tan dulce se llega impunemente á ser viejo. Los tiernos cuidados que podrian por olvido escaparse á Raquel, los tendrá Eliezer por vos, y los que este deje de prestarme los recibiré yo de Raquel. Nuestros corazones no harán la menor diferencia entre nuestros hijos; y así nuestras riquezas en este particular serán duplicadas. Abdias ofrece no dejar aquella mansion, y Raquel le agradece infinito tal promesa; esta recibe con reconocimiento los esmeros atentos del amoroso Eliezer; y Neftalí, ocultando sus dolores, y con un semblante muy disimulado, se sonrió en presencia de su hermano, y da á ambos la enhorabuena.

De este modo se pasa el resto de la noche; y luego que las lámparas están próximas á apagarse, manda Sadoc á sus hijos que se vayan á esperar al dia siguiente á casa de uno de sus parientes; ambos se van á la de Famael á dormir juntos; pero el sueño en toda la noche no



les favorece. Eliezer, que conocia la tristeza de Neftalí, no la atribuye á otra cosa más que al amor que tiene á la Israelita incógnita, á quien desea encontrar; y cree mirarla hablando de ella, y ofreciéndole que muy pronto piensa él mismo acompañarlo á buscarla. Neftalí procura, pero en vano, desterrar estas tristes ideas, y habla al esposo de Raquel de la felicidad que va á disfrutar. Eliezer vuelve á instar sobre el asunto de su hermano; pues no se cree feliz mientras no lo sea aquel; y así procura aliviar su herida; pero no hace más que aumentarla.

Por último, llega la brillante aurora á iluminar el oriente; el nuevo esposo se prepara y pone sus mejores trajes, y Neftalí se complace en ayudarle: él mismo es quien compone con mucha gracia las trenzas de sus cabellos bajo su resplandeciente tiara, y cubre su espalda con una gran capa de jacinto, que anteriormente habia sido en los juegos guerreros de Israel premio de la destreza y valor de Neftalí. Embellecido Eliezer con su edad y por su dicha, lo es aun más con los dones y esmeros de su hermano; uno y otro van á ver á Sadoc, y encuentran ya á los levitas con el traje de los dias festivos, á las doncellas y al pueblo reunido, que esperan en la puerta del templo á la nueva es-

posa; esta se presenta vestida de blanco y cubierta la frente con un velo bordado. Turbada y tímida se pone cerca de su padre, rehusando para ir á su lado, el brazo de Neftalí. Eliezer, trasportado de alegría, se pone á la cabeza de los levitas: es el primero que llega al Tabernáculo; y dándose él mismo prisa para traer las víctimas, las presenta á Sadoc quien inmola doce carneros. El pueblo une sus votos á los del Pontífice, y pide, como este, que la nueva Raquel, tan hermosa como la primera, sea tan fecunda como Lia; que ambos esposos vivan tanto tiempo juntos como Sara y Abrahan. El mismo acompañamiento que los condujo al Tabernáculo, los volvió á acompañar concluido el sacrificio, y paseándolos por toda la ciudad cantan himnos antiguos, y riegan con flores el camino. Concluidas estas ceremonias hace Sadoc que los novios firmen lo que habian contratado. La mano de Eliezer lo ejecuta temblando de gozo; pero la de Raquel aun temblaba más por diferente causa. Neftalí se habia separado; su hermano, que lo echa de ménos, lo busca, lo encuentra y trae para que asista á la funcion de la boda, colocándolo inmediato á su esposa; y mientras que Sadoc preside el convite de su familia reunida, el feliz y amable Eliezer no ha-



bla á Raquel y á Neftalí sino de sus deseos de vivir entre dos personas que ama igualmente, y de que uno y otro se amen como él los ama.

Pero ¡ah! Raquel y Neftalí no pueden hacer esta promesa sin mudar de color; pues ambos temen hacerse culpables. No obstante, Neftalí cuenta con su virtud, fortificada por la amistad; pero Raquel, que no tiene este apoyo, quiere huir el daño porque lo teme; y así medita un proyecto atrevido, que piensa ejecutar sin detención; y aprovechando un momento de bullicio á la salida del festin, pide hablar en secreto al desgraciado Neftalí.

Uno y otro van sin mirarse hácia la higuera solitaria que eutá plantada á la orilla del torrente. Raquel se sienta y recuesta en su tronco: hace que Neftalí se ponga á su lado, y con una voz que procura esforzar, le dice:

“Los momentos son preciosos; no los empleemos en disimular. No ocultemos nuestras inquietudes; pero asegurémonos la victoria. Yo os amo, y vos me adorais; yo me doy prisa á confesaroslo, pues no encuentro otra arbitrio para ser tan virtuosa como vos.”

“Ignoro cuanto ha pasado desde el fatal momento en que me he visto delante de Eliezer, y no quiero jamás saberlo. Lo único que sé, y de

lo que estoy segura, es de que sacrificais al amor de vuestro hermano el que me profesais. Este sacrificio es noble y grande; pero su recompensa son las penas que padeceis. Vos sacrificais el amor á la amistad; pero á lo ménos conservad la última. ¡Ah! yo bien conozco que no debe quejarse el que á la gloria de hacer su deber une los consuelos que nos da [un tierno sentimiento.”

“Neftalí, yo no tengo hermano: yo soy la esposa de Eliezer; pero á vos seria á quien yo hubiera escogido, y á quien yo debo la vida. ¿Pensais que el beneficio que me hicisteis, la admiración que me causó vuestro sacrificio doloroso, el espectáculo continuo de vuestros combates y de vuestros triunfos, no han aumentado por instantes una idea que yo debiera desvanecer? En vano es que procureis venceros; pues mientras yo os vea desgraciado, me pareceris más amable. Huid, pues, huid de estos lugares.”

“Si vuestre virtud no necesita de este arbitrio para no faltar á vuestros deberes, hacedlo á lo ménos por la mia, y por la felicidad de vuestro hermano, á la que confieso no puedo contribuir estándado vos aquí. Buscad ó inventad un pretexto; pero de cualquier modo que sea, alejaos de Raquel, y volved despues de curado, si



es posible, de vuestra pasión, y si no, no volváis jamás.”

Dicho esto, quiere volver á la casa del Pontífice. Neftalí para detenerla la agarra de una mano, que apenas la toca, cuando la retira con precipitación; y procurando recobrar sus fuerzas que le abandonan, sin atreverse á mirar á Raquel, pronuncia estas tristes palabras:

“Hermana mía, no temáis: no responderé más que á vuestras últimas palabras; os pido que marcheis esta noche misma. Jamás volveré á veros.... No volveré á ver á mi hermano.... ¡Ah! perdonad mis lágrimas, pues debo derramarlas por él.

“Conozco que debí huir sin haberos respondido; pero vuestra tranquilidad y la de mi hermano me obligan á que os diga que Eliezer hasta ahora no ha sospechado que yo os había visto antes que él; él ignora, y yo lo ignoraba también, que Raquel era la Israelita.... Ya basta, querida hermana mía; quede sepultada para siempre esta conferencia en mi corazón y en vuestra virtud; que Eliezer ignore cuanto ha hecho por él la verdadera amistad; pues si él lo supiese, no sería feliz y yo perdería el fruto de mi sacrificio.”

“Todavía me queda que cumplir con un deber

que me impone vuestra gloria: yo lo quiero así y voy á entregaros el único bien que poseía, y el único gage que me queda de un amor, que no podría ya seguir sin ser culpable. Tomad este velo tan precioso que dejasteis caer á mis piés, y desde entónces está guardado sobre mi corazón. Aquí lo tenéis, Raquel.... Volvámonos, pues yo temo que esta conversacion deje de ser inocente.... Sea á lo ménos este mismo velo útil á mi hermano. Mañana cuando este infeliz, llorando mi partida, se halle sin otra que vos que lo consuele, decidle, amada hermana mía, decidle, que Neftalí os ha confiado sus penas; que no puede vivir sin la que reina en su alma, y que se ha ido á morir sintiendo no poseerla. Sí..... bien podeis asegurarlo....” Al decir esto entrega Neftalí á Raquel su velo, y esta lo toma temblando, y sin responderle se cubre con el la cara.

Uno y otro volvian hácia á la casa cuando Sadoe venia á buscarlos, abraza este á su hija, se queja de su larga ausencia, y la lleva á donde está la familia que la esperaba. Neftalí la deja: procura no volverla á ver, y busca con la vista á Eliezer.

Este, que había notado que su esposa y su hermano se habían salido de la sala en que se cele-



braba la función, cediendo á los deseos de hallarse siempre con ellos, los habia seguido de léjos; y viéndolos sentarse juntos, rodeó para acercarse á ellos sin que lo viesen; lo que ni fué efecto de desconfianza ni de curiosidad. Eliezer no tenia la idea de sorprender los secretos de su hermano: pues sabia que este hermano tan amado no los tenia para él. El feliz y tierno Eliezer, sin proyecto ni reflexión, se entregaba á esta idea agradable, á este candor confiado que inspira la amistad, y que jamás teme ofender, por que no puede ser ofendido, y que hace sin dificultad lo mismo que él perdonaría.

Al aproximarse Eliezer, encubierto por el ramaje que habia á inmediaciones de la higuera, ve que Neftalí da á Raquel el velo que él traia consigo, el que conocia Eliezer por el de la Israelita incógnita, y al mismo tiempo oyó las últimas palabras que dice Neftalí; cuyas palabras y cuyo velo le descubren el misterio que hasta entónces no habia sabido, y al mismo tiempo conoce los tormentos que padece su hermano, y la desgracia de Raquel. Se queda silencioso, inmóvil, con la cabeza baja, tendidos los brazos en tierra, y apoyado contra el pié de la higuera. No ve ni oye cosa alguna. Su alma parece que pierde su existencia con la fuerza del dolor, y

como uno á quien consume el rayo, ve el relámpago y la muerte al mismo tiempo.

En este intermedio ya Raquel y Neftalí habian llegado á casa de Sadoc, cuando Eliezer, vuelto en sí, busca con la vista á su hermano; y no hallándolo, siente una funesta alegría de verse solo y libre: se va á la orilla del torrente, considera sus espumosas aguas, mide su profundidad, y de repente, entregándose á una cruel desesperacion, “¡Dios de bondad! exclama; yo no imploro mas que tu justicia. Si yo fuese el único que padeciese, mi respeto á tus santos decretos me haria soportar mis males; pero padecen mi esposa y mi hermano, y son desgraciados por mi culpa. Sí, lo son; y lo serán mas cada dia de los que yo viva.”

Ya no está en mi mano rehusar su sacrificio, ni me es permitido el aceptarlo; solo me es prohibido el gemir con ellos.

Todo lo que consuela mas la vida, el amor, la amistad, la virtud, todo se reune y se divide al mismo tiempo para aumentar mis tormentos.

“¡Oh Dios Todopoderoso! sed mi juez; mi hermano quiere morir por mí; su muerte me hará mas desdichado, y la mia puede contribuir á que recobre la tranquilidad que ha perdido.”

Eliezer á estas palabras va á arrojarse en



medio de la corriente; pero al mismo tiempo sus miradas errantes se fijan un momento en su casa, casa en que habita su padre, en la que el buen anciano lo crió, y en donde oye los cantos de alegría y votos que hacen por su felicidad. A esta vista se detiene; echa una mano á la higuera silvestre para tener un apoyo contra sus mismos impulsos; y contemplando el asiento de cesped, en que tantas veces se ha sentado con Neftalí, y en donde ha jurado infinitas veces vivir y morir con él, siente suceder á sus delirios una tristeza que los mitiga. Eliezer, que hasta entónces no habia llorado, ve que se le saltan las lágrimas, y estas mismas que lo alivian, le vuelven á la razon y á su dulzura natural. No, no, se dice á sí mismo sollozando, yo no puedo morir aquí, yo no profanaré con una muerte voluntaria el asilo de la naturaleza y de la amistad: este es el paraje donde mi padre me ha abrazado, donde mi hermano me ha amado tanto, y es un lugar para mí santo, y al mismo tiempo un lugar temible. El dolor mas justo no debe turbar la paz que en él reina: huyamos, pues, de él, huyamos: vamos á buscar para entregarmo á la desesperacion, una tierra que no sea la de la felicidad ni la de la ternura.

Eliezer con un paso rápido sigue contra la corriente su orilla, y hallando unos pedazos de roca, por donde podia vadearse, pasa al otro lado, sube á la montaña, y se interna en el desierto.

Entre tanto Neftalí sorprendido buscaba y preguntaba por su hermano. Raquel, Sadoc, Abdias, viendo pasar algunas horas, creian que Eliezer estaba ocupado en orar. Al dia sucedió la noche, y Neftalí triste y silencioso entró y salió del Tabernáculo sin haber hallado á su hermano; recorre otra vez los campos, se detiene en la higuera silvestre, llama á gritos á Eliezer; y no oye sino el ronco murmullo de las aguas.

Más consternado que lo que daba á conocer su semblante, pregunta á su padre, á su familia, á sus conocidos, y multiplica sus gestiones sin esperar siquiera que le respondan. Se agita, corre, vuelve, y, en fin, averigua que lo han visto ir hácia la orilla del torrente: al instante el impaciente Neftalí, que olvida al momento á Raquel, su amor y sus proyectos, toma una larga rama de pino, la enciende y alumbrándose con ella va de una á otra orilla.

Los jóvenes Levitas, amigos y compañeros del desgraciado Eliezer, imitan al instante á su